

Vicky Eiroa, Margot Portela, Mundo, el gaitero gallego, cuatro catalanes, *el Pastas*, un rejestero fenomenal que se dejó olvidado el apéndice en Río de Janeiro; Adolfo, ese que os ha salido a buscar a la estación a todos los grupos, y yo...

La asociación de antiguas danzarinas ultramarinas de la Sección Femenina de Bilbao asentía gravemente. Hacíanse gratas memorias de los viejos camaradas, ausencias de ciudades —Buenos Aires y Mendoza, Rosario y Córdoba, San Juan y Río, y Lisboa—, inventarios de comodidades e incomodidades.

—Agua caliente, ni soñarla.

—Duchas de agua salada.

—Los camarotes de proa, como para morir.

La asociación de antiguas danzarinas de la Sección Femenina de Bilbao veía llegada la hora de desembarcar y a la gloria que preveía para las viajeras quería, justamente, añadir su porción de pena. Es humano.

—Y luego el mareo...

—Uf..., el mareo, eso sí que es gordo...

Alguna, condolidada, echó un capote y se puso a hablar de Tere Ugalde, la instructora bilbaína que entonces enseñaba bailes españoles en la Universidad de Mendoza, o de otra que estaba para casarse con alguien que conoció en el viaje anterior. Había allí —junto al bote de babor, bajo el puente— tres o cuatro chicas de este crucero, las tres o cuatro del segundo turno de comedor; me parecieron muy monas, una de ellas tenía los ojos vivos, doraditos. Hacía pucheretes.

—Bueno, bueno, no es para tanto.

—Déjala —sentenció una veterana—; siempre se llora al salir, pero también se llora a la vuelta, pensando separarse de todas...

También circulaban por allí las dos primeras muchachas con quienes hablé a bordo: Catalina Oliver y Carmen Ramírez. Final-

mente, subieron las gallegas. Venían con carbonilla hasta en los escapularios y cantaban: «Amoriños coyin a veiriña d'o mar»...

Entonces Pilar bajó a tierra. Fué una despedida sencilla, familiar. «Hacedlo bien», les dijo. La lluvia seguía cayendo terca, insolente, dura, pero la tormenta había cesado. El coche de Pilar abandonó el muelle. El *Monte Ayala* pitó. Le grité a Cepeda. Eran las doce menos doce.

—Que no se te olvide consignar la hora, galán. ¡Y pon la despedida con agua!

Cepeda llevaba mi crónica y un huequecito en ella para la hora exacta de la salida. Y los dos finales.

—Igualmente —me contestó, todavía no sé por qué.

Caminábamos hacia el mar. Tocaron segundo turno. Cayó la bendición sobre el corto apetito. Se hablaba animadamente en todas las mesas, pero de repente había grandes silencios. Tres meses fuera de España dan espacio a muchas cosas. La Navidad se nos aparecía lejana. Lejana la casa, la familia; lejana la América que íbamos a visitar. Todo estaba lejos de nosotros, con excepción de nosotros mismos.

—¿Qué grupos son los que comen en la cámara?

—Cieza y Torrelavega.

—¿Y ahí al lado?

—Baleares.

Nos fuimos pronto a las literas. Una chica iba diciendo:

—Jesús, valiente barco; si esto no se mueve nada.

En el corredor de los músicos alguien había desenfundado un cornetín. Tocaba la *Dolorosa*. Estuve a punto de pensar mal de su familia, pero lo dejé. Al fin y al cabo el hombre se entrenaba. Me dormí pronto.